

## ¿Es posible la Economía "Pura"?

Hay economistas que creen que hay "automatismos" en la Ciencia Económica. Hay otros, como Gunnar Myrdal en su obra "Economía de los países en desarrollo" que creen lo contrario. Ninguno de los dos niega las leyes económicas. Ambas tendencias las observan, simplemente.

Quisiera dejar sentado que el postulado que cree en un mecanismo económico que regula la producción, la distribución y el consumo, exactamente igual que el que niega ese automatismo y cree necesaria la intervención de una decisión de tipo volitivo, político, en el más noble sentido de la palabra— ambos se basan en algo que **no es económico**. O que no es "economía" tal como la entienden algunos de mis colegas.

Si un matemático elabora una fórmula, puedo comprobar, si sé tanto o más que él, la exactitud o inexactitud de ella. Pero si otro matemático o un técnico que no sabe ya tantas matemáticas **aplica** dicha fórmula, ya no son las matemáticas quienes me dirán si la aplicación fue buena o mala. Tiene que ser una ciencia superior o al menos distinta a las matemáticas.

Si yo digo, por ejemplo, que no es posible una Ciencia Económica que no considere como parte integrante de ella al hombre, que la Ciencia Económica es una parte de la Ciencia Social, puede haber quien opine lo contrario. Quien no guste de mi aserción. Pero si él opina lo contrario, quiero decir, si él sostiene que la ciencia económica es una pura técnica y que la consideración del hombre es ajena a la Economía, él se mueve, como yo por un postulado que es extra o meta-económico.

La teoría económica no puede prescindir del hombre. El que dice que el fin de la Economía, o de la Empresa que es su célula, es **producir**, dice una verdad. Pero sólo un comienzo de verdad. Como el que dice que el estómago es un recipiente dice un principio de verdad. Como todas las verdades a medias, puede inducir a graves errores. Porque sería gravísimo para la salud el que una persona, llevada por esa "verdad" de que el estómago es un recipiente, empleara estómagos humanos para transportar ácido sulfúrico.

Hemos dado un primer paso en nuestro ejemplo, y también en el estudio de la Empresa, célula de la Economía Nacional. El estómago es para percibir, y la empresa es para producir. En ambos casos nos lo da un examen de la naturaleza de la empresa y la forma misma del estómago humano.

En pasos ulteriores descubrimos que el estómago es un recipiente para contener precisamente alimentos, que debidamente digeridos por él pasan al intestino, de donde son absorbidos por la sangre.

La corriente sanguínea es un vehículo, que lleva el alimento a las últimas células del cuerpo humano y en ellas sostiene la vida del cuerpo. Daremos pues una definición cada vez más verdadera del estómago si no nos contentamos con definirle por su forma externa (recipiente) sino que nos vamos adentrando en la realidad íntima de sus funciones. Si decimos, "el estómago es un recipiente de alimentos para digerirlos y hacerlos capaces de ser asimilados en el intestino por la sangre, que los lleva a todas las células del cuerpo humano y así sostiene la vida del hombre" la definición será completa. Esa definición excluye para ese órgano todo lo que se oponga a esas funciones. Y quien quiera evitar la largura de la frase, logrará definir al estómago usando precisamente el último término de ella, si dice que el estómago es un órgano "para conservar la vida humana". Habrá dado la finalidad del órgano de la digestión, acaso oscurecida para el profano por la longitud del proceso mismo de la digestión—asimilación—transporte de los alimentos hasta las células. No podemos pues, definir realmente el estómago por el primer término de la definición—recipiente— y sí por el último, que los ha comprendido a todos.

La empresa aparece inmediatamente como una combinación de factores para **producir**. Seguimos indagando y vemos que produce **bienes y servicios**. Seguimos la pista a todos los bienes y servicios posibles e imaginables y encontramos un dato sumamente importante: No hay ningún bien ni ningún servicio que no vaya a parar, por un camino más corto o más largo, al **hombre**. Si yo soy profesor o soy músico, mi "producción", en este caso un servicio intelectual o estético, le llega directamente al hombre que me escucha o acaso a mí mismo que deseo deleitarme tocando el piano. No hay intermedios entre lo que produzco y el hombre a quien ese "producto" deleita o instruye.

En otros casos, el proceso es largo y casi se pierde de vista. Una empresa, por ejemplo, produce tornillos o ácido sulfúrico. Los tornillos serán parte de un barco, de un auto, de una máquina de coser. El ácido sulfúrico se usará en la empresa textil. A la corta o a la larga, nos encontramos con que el barco está transportando a un hombre a lo largo de los océanos, ese hombre se asoma a la barandilla y contempla el paisaje. Ya tenemos al hombre, gozando, fruición estética **inmediata**. Otro barco transporta al hombre que vuelve a la Patria a ver a sus seres queridos. Otro lleva productos alimenticios para el hombre y satisface una necesidad **inmediata** del hombre, que es sostener la vida. El ácido sulfúrico entró en la confección de los vestidos que cubren al hombre y que satisfacen así necesidades humanas inmediatas: El pudor, conservar la vida, el calor, la salud. No lograremos encontrar un producto que, sea bien o sea servicio, no se refiera, tarde o temprano, al hombre.

Por eso definiré mejor la empresa —y el afanarse económico en general— si en vez de decir que “la Empresa es una combinación de capital y trabajo para producir bienes y servicios “añadidos”... bienes y servicios que satisfagan necesidades humanas”.

A esa definición de la empresa no he llegado tomando como punto de partida un axioma teológico o moral, por ejemplo que “El hombre debe ser el centro de la economía” o “que no puede haber economía sin partir del hombre”. Eso sería una petición de principio. Hemos comenzado este análisis sin prejuzgar nada, sin principios teológicos ni filosóficos de ningún género, decididos no más que a usar nuestro entendimiento. Si el investigador es protestante o católico, budista o mahometano, o agnóstico, poco o nada nos importa en este caso. Basta con que sepa usar su entendimiento, con que se someta a leyes elementales de lógica discursiva. Si no se es escéptico, debe cualquier humano llegar a la misma conclusión.

Supongamos que hay ahora un economista “puro” que se niega a admitir este proceso. El está en su derecho de admitirlo o no admitirlo. Pero que no diga que lo hace partiendo de principios económicos. No hay principio económico ninguno que diga dónde acaba el destino de los bienes y servicios que el proceso productivo pone a disposición de los hombres. Si un economista sostiene, por ejemplo que la empresa es “un conglomerado productor de bienes y servicios” y que su fin es eso, producir, y nada más, si se niega a seguir la investigación, no le negaremos el derecho que a ello tiene. Pero esa negativa, al igual que nuestro deseo de seguir adelante, va estimulada en mi colega por una —digámoslo así—, falta de curiosidad intelectual, en nosotros por un deseo de seguir adelante. Ni el uno ni el otro se ha movido o dejado de mover por ningún postulado o principio de orden económico. ¿Será necesario insistir en que, en ambos casos, ha sido una **decisión**, un acto de tipo volitivo, nada intelectual, y mucho menos “económico”?

La moral, o la religión, o el humanitarismo, puede haber estado, no lo niego, presidiendo mi búsqueda de esta verdad, de que el fin de la empresa no es meramente producir, sino produciendo satisfacer necesidades humanas. La falta de religión, o el tecnicismo, o la despreocupación simplemente, han evitado en mi colega “economista puro” el seguir adelante en su búsqueda. Los dos, que quede bien claro, los dos, nos hemos decidido, nos hemos movido por algo que no es “economía pura”.

La conclusión ya casi la saca el lector. Si para cualquiera de las dos posiciones la decisión debe venir de fuera de la “economía”, eso nos está diciendo que esa “economía pura” no existe. Que cualquiera de las definiciones que se dé de ella, la que la convierte en una “técnica” como la que descubre en ella una ciencia humana, son esen-

cialmente **metaeconómicas**. Que la economía es impensable sin una **metaeconomía**. Que no hay, no puede haber, **economía pura**.

¿Qué pensar, por tanto, de los que se resisten a esta argumentación y quieren hacer de la Economía una ciencia independiente de las ciencias humanas? La mayor parte de las Facultades Universitarias, hasta la de mi Universidad de Colonia (Alemania) llevan un título que indica hasta qué punto predomina entre nuestros colegas la creencia en la Economía “pura”. Nuestra Facultad de Colonia, por ejemplo, se llama “Wirtschafts- und Sozialwissenschaftliche Fakultät”, es decir, **Facultad de Ciencias Económicas “y” Sociales**. Curiosamente, nuestros doctores llevan el título, no importa la rama de esta Facultad en que se especialicen, de “Doctor rerum politicarum” en latín y todo, “Doctor en ciencias políticas”. Este título entra ya más a fondo en nuestra discusión. Prescindamos del curioso fenómeno de que una Facultad de Ciencias Económicas “y” sociales confiera un título de Ciencias políticas, examinemos el Programa de la Facultad y veremos que entre las asignaturas facultativas (solo la Economía General y la Economía de la Empresa son obligatorias, luego hay que escoger otras tres de una larga lista, y normalmente añadir el Derecho), figura como asignatura especial la **Sociología**, y que un Doctorando puede hacer de ella el Tema de su Tesis, con lo que automáticamente pasa, a ser, para él, asignatura principal, recibiendo no obstante el mismo título de “Doctor rer. pol.” Todas estas incongruencias se eliminarían si la Facultad se llamara simplemente, con el único nombre que en realidad le cuadra: “Ciencias Sociales” de las cuales la economía sería solo una parte. Esta tendencia, sin embargo, no ha logrado aún prevalecer en las sesiones de la Facultad.

Por el contrario, se destaca una tendencia contraria en todo el mundo, especialmente en algunas Universidades de Estados Unidos y en sus imitadoras en distintas partes del Nuevo y el Viejo Mundo: Considerar a la Economía como una “técnica”. La importancia creciente de las Matemáticas, valiosísimo auxiliar de la ciencia económica, ha contribuido sin duda a que algunos no vean más allá de las fórmulas.

Entonces tiene lugar el doloroso fenómeno de que los rectores de nuestras sociedades “rehuyen” el asumir **responsabilidad** y la “descargan” sobre otros. El Economista, a fuer de economista “puro” dice que él meramente elabora la fórmula, sin considerar, porque niega que ello le sea posible, las posibles finalidades de esa fórmula económica. El político, que asume la fórmula, presume su exactitud y su aplicabilidad al caso presente, porque presupone que el economista ha pesado de antemano todos los pros y contras. Es uno de los síntomas de la huida de responsabilidades, del miedo irracional a encontrarse con la moral con el “juicio de valor”. No se dan cuenta ni uno ni

otro que, al no determinarse, se están en realidad "determinando", decidiendo, por pobre que sea la decisión. Quieren trazar una línea divisoria entre el político y el economista, y no advierten que ser economista es, como ser político, una carrera que envuelve decisiones. Aquí sí aparece la conveniencia del título de la Universidad Coloniense, que entre las asignaturas de su Facultad de "Ciencias ec. y sociales" incluye las de Politología y Ciencias Políticas. La lógica sería perfecta si al título de "Doctor rerum politicarum" correspon-

diera, como nombre para la Facultad, el de "Facultad de Ciencias políticas", y dicho nombre daría a los "economistas puros" la sensación más exacta de la profundidad de su ciencia, de la responsabilidad de sus decisiones. Aun de la que ellos inconscientemente adoptan de quedarse en meros "técnicos" dejando a la "polis" convertida en una pizarra de matemáticas sin vida, en esencias abstractas de existencia.

JOSE MANUEL RUIZ, S. J.

---

## El Terrorismo, Crimen Social

La Asamblea de cardenales y arzobispos de Francia ha dirigido una nota a los militantes de Acción Católica por medio de su secretario, el arzobispo de Cambrai, monseñor Guerry. La nota dice:

"El asesinato es un crimen. La tortura es un crimen. El robo a mano armada en favor de una organización es un crimen. La agresión con plástico es un crimen. Es una injusticia grave contra las personas y sus bienes; incluso pone en peligro la propia vida. El terrorismo es un crimen contra el hombre y la sociedad. Contra el hombre, porque por una acción psicológica de intimidación y de envilecimiento tiende a producir en las personas humanas reflejos de temor para aniquilar su resistencia y sofocar sus libertades. Contra la sociedad, porque el terrorismo crea un clima de guerra civil y levanta los unos contra los otros en las comunidades humanas, que sólo la coexistencia y la cooperación pueden asegurar la paz.

En su firme declaración de octubre de 1961, la Asamblea de Cardenales y Arzobispos ha condenado en nombre de la ley de Dios todas las violencias.

No juzgamos aquí ni las intenciones personales ni la inspiración patriótica. Comprendemos, tratamos de comprender y de mitigar los sufrimientos y las angustias de los franceses de Argelia. Pero colocándonos únicamente en el plano moral, que es el que corresponde a nuestra misión espiritual de obispos, denunciamos en la O.A.S. en primer lugar, el empleo de métodos subversivos y criminales.

Denunciamos también la contradicción radical y el equívoco mortal que comporta en sí misma al pretender combatir la re-

volución comunista con los medios revolucionarios que han sido enseñados y realizados por los doctrinarios del comunismo particularmente por Mao Tse Tung. Es una lucha ideológica tomar las armas del adversario, cuando éstas son intrínsecamente perversas, en la esperanza de vencerle con más eficacia, es ser, en el plano moral y espiritual, los grandes vencidos del error que se pretende combatir. Cogidos en el engranaje de la dialéctica, se llega a ser cómplices inconscientes y agentes del mal que persiguen. Se cae en la trampa del materialismo de la fuerza bruta. Es encadenarse por una lógica despiadada a otro totalitarismo, en el que son sacrificadas las personas, las libertades públicas, los cuerpos intermedios, entre el estado y los ciudadanos para asegurar el bien común nacional e internacional. No se construye una sociedad mejor con hombres a los que se ha envilecido previamente.

En fin, no se tiene el derecho de erigirse en defensores de la civilización cristiana cuando se viola y niega prácticamente los valores esenciales aportados al mundo por el Evangelio de Jesucristo: la dignidad sagrada de la persona humana, el precio de la vida la justicia, el amor fraternal inspirado por el amor del mismo Padre, la paz entre los hombres y entre los pueblos.

He aquí los valores humanos y cristianos que los verdaderos cristianos de Cristo deben defender, salvar y encarnar en toda su vida.

Es así como se manifestará el verdadero rostro del cristianismo a aquellos que no lo conocen todavía."